

Ponencia

*Rayos y truenos Ambigüedad y exceso en la obra de Gilberto Freyre**

Ricardo Benzaquen de Araújo

PUC / RJ, IUPERJ / UCAM

Este texto intenta discutir algunos aspectos de la obra de Gilberto Freyre, concentrándose especialmente en su libro inaugural, *Casa-grande & senzala* (citado de ahora en adelante como *CGS*), cuya publicación en 1933 plantea cuestiones todavía importantes para la comprensión del pasado brasileño.

Vale la pena observar, antes de continuar, que el debate intelectual sobre los destinos del país estaba, en ese entonces, profundamente marcado por el tema del mestizaje. Pero el mestizaje, esto es, el contacto sexual entre grupos étnicos distintos, siempre se planteaba como un problema: ya sea porque implicaba esterilidad –biológica o cultural–, lo que hacía inviable toda oportunidad de desarrollo; sea porque demoraba la completa dominación de la raza blanca, lo que dificultaba el acceso del Brasil a los valores de la civilización occidental. El pasado era visto por tanto como un peso, una carga que limitaba y constreñía la historia nacional, que sólo podría realizarse, si es que esto fuese posible, en el futuro.

El enorme impacto que produjo la aparición de *CGS* contribuyó a alterar drásticamente esta evaluación, al enfatizar no sólo el valor específico de las influencias indígenas y africanas, sino también la dignidad de la ar-

ticulación híbrida y plástica de tradiciones que habría caracterizado a la colonización portuguesa. Este argumento, que daba al país la oportunidad de superar el “inacabamiento”, definitivo o temporal, sólo había sido posible, según el propio Gilberto, a causa de su vínculo con la antropología norteamericana y con la orientación relativista de Franz Boas (Gilberto obtuvo un título de maestría en Columbia, en 1922), que le permitiría separar la noción de raza de la de cultura y otorgarle a esta última primacía absoluta en el análisis de la vida social. Éste será, entonces, el camino que recorre nuestro autor para oponerse a la mayoría de sus contemporáneos, redefinir la idea de mestizaje y, de cierta forma, reinventar el Brasil.

Este redescubrimiento comienza, además, con el hecho de que el primer grupo designado como mestizo en *CGS* está compuesto justamente por los mismos portugueses. Al subrayar el carácter de frontera de la península ibérica, ruta de pasaje entre África y Europa y escenario de intercambios étnicos y sobre todo culturales, Gilberto los convierte en un personaje híbrido, fruto de una amalgama que incluyó, entre otros, árabes, romanos, galeses y judíos, y que se inició mucho antes de su desembarco en el continente americano.

¿Pero cuál sería la concepción de mestizaje utilizada para comprender al portugués?

* Traducción: Ada Solari

Implica, según creo, un proceso en el que las propiedades singulares de cada pueblo no llegan jamás a disolverse por completo, y guardan indeleblemente el recuerdo de las diferencias presentes en su gestación.

Sincrética pero nunca sintética, esta concepción le permite a Gilberto definir al portugués –y más tarde al brasileño– como un “lujo de antagonismos” (CGS, t. I, p. 7)* que, a pesar de estar equilibrados, aproximados, se niegan terminantemente a fundirse en una nueva identidad, separada, indivisible y original. Y será justamente este rechazo el que llevará a que la sociedad colonial brasileña sea observada en CGS desde el prisma de la polifonía y la ambigüedad, señalada como un

[...] pueblo indefinido que oscila entre Europa y África. No es de una ni de otra en forma definitiva, sino de ambas. La influencia africana que hierve bajo la europea y que comunica un acre ardor a la vida sexual, a la alimentación, a la religión; la sangre mora o negra que corre por una gran población semiblanca, si es que no mantiene su predominio en regiones aún hoy de gente oscura; el aire de África, un aire cálido, oleoso, que suaviza en las instituciones y en las formas de cultura las durezas germánicas; que corrompe la rigidez doctrinaria y moral de la Iglesia medioeval; que arranca su armazón ósea al cristianismo, al feudalismo, a la arquitectura gótica, a la disciplina canónica, al derecho visigótico, al latín, al propio carácter del pueblo (CGS, t. I, pp. 4-5).

Esa “bicontinentalidad”, que correspondía “en población así vaga e incierta, a la bisexualidad en el individuo” (CGS, t. I, p. 7), afectó profundamente la constitución espiritual del portugués al transformarlo en un pueblo cuyo

[...] carácter [...] nos da principalmente la idea de “vago, impreciso” [...] y esa imprecisión es la que permite al portugués reunir dentro de sí tantos contrastes imposibles de ajustarse en el duro y anguloso castellano, de un perfil más definitivamente gótico y europeo (CGS, t. I, p. 8).

Toda esta indefinición termina haciendo del portugués un pueblo eminentemente poroso, permeable, es decir, capaz de amoldarse plásticamente a las más diversas experiencias culturales. En realidad, ésta será la razón por la cual, al contrario por ejemplo de los ingleses, “que [dirigían], por así decir, de guante blanco y resguardados de un contacto más íntimo con los nativos por preservativos de goma, los negocios comerciales y políticos de la India” (CGS, t. I, p. 23), los portugueses lograron conquistar un imperio no mediante la imposición de una regla única, sino mediante su adaptación a las más variadas tradiciones locales.

De hecho, este énfasis en lo que Gilberto llama “antagonismos en equilibrio” –antagonismos exacerbados, por cierto, por las divisiones y por el despotismo típicos de la esclavitud colonial– llega a tal punto que se torna necesario interrogar acerca de la existencia de algún valor o institución capaz de al menos suavizarlos, evitando que dicho equilibrio llegue a romperse.

El examen de esta cuestión nos permitirá incluso aproximarnos a la segunda característica que, en CGS, define a la sociedad brasileña. Se trata, para ir directamente al punto, de la enorme importancia del papel que desempeñan las pasiones, sobre todo las de naturaleza sexual, en la creación de una atmósfera de intimidad y calor que, sin descartar los antagonismos, hacía posible su convivencia.

No se debe suponer, no obstante, que Gilberto se limita a elogiar las pasiones: al identificar una gran cantidad de excesos en el interior de la casa-grande, no deja de condenarlos enérgicamente y señala, por ejemplo,

* Las citas pertenecen a la versión en español: *Casa-grande & Senzala*, traducción de Benjamín de Garay, Buenos Aires, Emecé Editores, 1943. (N. de la T.)

que “a la ventaja de la mixigenación correspondió en el Brasil la desventaja considerable de la sifilización” (CGS, t. I, p. 84), “la enfermedad por excelencia de las casas-grandes y de las senzalas” (CGS, t. I, p. 83), cuya introducción en el país se debió sobre todo a la obsesión por el “amor físico” que animaba al conquistador europeo.

Más aún: asociada, como se vio, con la enfermedad, la voracidad sexual portuguesa se realizaba por intermedio de la esclavitud, puesto que en

[...] las relaciones sexuales entre el conquistador europeo y la mujer indígena [...] comprobóse lo que después se haría extensivo a las relaciones de los amos con las esclavas negras en circunstancias desfavorables para la mujer. [...] [Por lo tanto, el furor ginomaniaco del portugués se habría ejercido sobre víctimas no siempre confraternizantes en el gozo (CGS, t. I, pp. 89-90).

Si los argumentos recién mencionados son verdaderos, ¿cómo sería entonces posible que el “erotismo patriarcal” creara lo que Gilberto llama “zonas de confraternización”, que aproximan las herencias culturales a los distintos y aun opuestos grupos que componían la sociedad colonial?

Creo que el mejor camino para responder esta indagación exige hacer un pequeño desvío, el cual, al pasar del sexo al cuerpo, o mejor, a los excrementos corporales, nos ofrezca quizás una pista para aclarar la duda en cuestión. Consideremos un pasaje en el que, al examinar el verdadero culto a la obscenidad que encuentra en la tradición lusobrasileña, Gilberto relata que

[...] sólo en Portugal se puede considerar broma de salón la que nos refirió un ilustre amigo. Le ocurrió a él en una de las más hidalgas casas de Lisboa y en una sociedad elegantísima de ambos sexos. A la hora de la cena se anunció una sorpresa a

los convidados. La sorpresa era nada menos que la de que los platos habían sido sustituidos por papel higiénico, y sobre ellos, un dulce fino de color pardo se desparramaba en pequeñas porciones. ¡Imagínenselo entre convidados ingleses y norteamericanos! Habrían sucumbido de pudor. En Portugal y en el Brasil es común bromear en torno a ese asunto y a otros parecidos; todos somos de un rudo naturalismo, en contraste con los excesos de reticencia característicos de los anglosajones (CGS, t. II, p. 114).

Hay que notar, en primer lugar, que esta broma nos quiere hacer recordar, al parecer, que todo aquello que degrada también puede servir para regenerar: finalmente, el recurso a las heces puede, en este caso, tener el propósito de aproximar a los convidados, recordándoles, de forma bastante compatible con la tradición cristiana, que están hechos del mismo barro y sujetos, por consiguiente, a los mismos constreñimientos y necesidades.¹

Del mismo modo que en esta curiosa lección de humildad, toda la violencia y el exceso ligados a las prácticas sexuales de la casa-grande dan también la impresión de estar atravesados por una ambigüedad esencial, que remite simultáneamente a lo vulgar y a lo sublime, a la muerte y a la resurrección. Dotado de un doble sentido, que acentúa –incluso con refinamientos de perversidad– las diferencias, el dominio de las pasiones va a permitir, por lo tanto, que la afirmación de aquellos antagonismos conviva perfectamente con un grado casi inusitado de proximidad, lo que recubre de un *ethos* particular la experiencia de la casa-grande.

Esta experiencia, no obstante, parece estar enteramente confinada al pasado, superada por el conjunto de transformaciones que, des-

¹ Este párrafo retoma algunas sugerencias que propone Bajtin (1987) en su trabajo sobre Rabelais.

de el inicio del siglo XIX, vinculan el Brasil con el proceso de civilización de las costumbres característico de la modernidad occidental. Se trata, como Gilberto comenta en otro de sus libros de la década de 1930, *Sobrados e mocambos* (1936), de una especie de reeuropeización del Brasil, es decir, de la introducción rápida y maciza de un inmenso y sistemático marco de referencias que, al ocupar virtualmente todos los ámbitos de la vida social, se muestra totalmente incapaz de coexistir con las diferencias, las pasiones, en fin, con el colorido típico de la tradición colonial.

Esta aversión a los colores debe tomarse incluso en su sentido más literal, pues Gilberto observa que la

[...] reeuropeización del Brasil comenzó quitando de nuestra vida el elemento asiático, el africano, o el indígena, que se había hecho más evidente en el paisaje o en la indumentaria y en los usos de los hombres, todo el exceso de color. El color de las casas. El color de los sobrados* que eran casi siempre rojos, sangre de buey; púrpuras; amarillos; muchos de azulejos. [...] El color de las mantillas de las mujeres y de los ponchos de los hombres; [...] de las cintas que los hombres usaban en los sombreros; de los chalecos que lucían; de las flores que las muchachas prendían en su cabello. El color de los interiores de la iglesia –los púrpuras, los dorados, los vivos escarlatas (en Minas llegó a haber iglesias –una, por lo menos– con ornamentos francamente orientales) (*Sobrados e mocambos*, 1936, pp. 260-261).

Como se observa, la variedad y el exceso que condicionaban la casa-grande se expresan también en esta impresionante profusión de colores vivos y brillantes, profusión que

* *Sobrado*: casa de dos o más pisos; por extensión, casa del propietario del ingenio o del hacendado. (N. de la T.)

[...] fue empalideciendo en el contacto con la nueva Europa, se fue agrisando, se fue haciendo excepcional –color de los días feriados, de los días de fiesta, de los días de procesión, de carnaval [...] [puesto que] la levita negra, los botines negros, las galeras negras, los carruajes negros ennegrecieron nuestra vida casi de repente; hicieron del vestuario, en las ciudades del Imperio, un luto cerrado [...] [un luto perpetuo] de padre o madre (*Sobrados e mocambos*, 1936, pp. 262-263).

Más que la referencia a una atmósfera de seriedad y rigor que comenzaba a imperar, lo que llama la atención en este trecho es simplemente la designación del luto como “cerrado” y “perpetuo”, indicación que confirma con nitidez el carácter obsesivamente coherente y totalizador de la influencia europea.

Ésta parece ser exactamente la razón por la cual la evaluación que hace Gilberto del proceso de occidentalización está, con frecuencia, puntuada por un tono irónico y bastante crítico: de hecho, difícilmente repudiaría esta reconquista europea sólo en función de su origen extranjero, incluso porque la apertura a las influencias externas era justamente una de las principales características del poroso, plástico y tolerante ambiente analizado en *CGS*.

En verdad, lo que le desagrada en este caso es el hecho de que los valores europeos no llegan como una contribución entre otras. Por el contrario, se imponen ahora como un modelo, uniforme, inflexible y excluyente, dispuesto a implantar un orden absolutamente minucioso que, al desplazar las ambiguas y excesivas tradiciones coloniales, se reproduce tautológicamente por todas las esferas de la sociedad brasileña.²

² Para un desarrollo de esta dimensión tautológica y estetizante de la modernidad se puede consultar el texto de Paul de Man (1984). Las sugerencias de Goldman (1988, cap. 5) y de Berman (1989, caps. 5 y 7) también son sumamente estimulantes.

Ahora bien: si éste fue el rumbo que tomó el proceso civilizador en el Brasil, no quedan muchas dudas de que, al escribir en un momento en que ese modelo ya es plenamente victorioso —cuando falta a lo sumo resolver el problema del mestizaje—, Gilberto trabaja, de cierta forma, en contra de su tiempo. No se trata, hay que dejarlo en claro, de rechazar la modernidad como un todo, pues él admira por ejemplo tanto los hechos estéticos del modernismo internacional como los avances de la medicina y de la ingeniería, sino simplemente de cuestionar la forma estrecha y lineal, en el fondo estetizante, que parece haber adoptado en el país.

Creo, incluso, que por este camino se puede explicar su posición acerca de la idea de historia, que él se esfuerza tenazmente en no ver confundida con lo que llama repetidas veces, y con enorme desdén, “mera necrofilia”. Necrofilia significa, aquí, evidentemente estudiar el pasado por el pasado mismo, adoptar una postura anticuaria, sentir placer en la convivencia con los muertos, pero olvidar las responsabilidades intelectuales en relación con las urgencias de su época.³

Sin embargo, ¿cómo hacer para abrir algunas brechas en el patrón lineal y constante que se había difundido en el país, y posibilitar que al menos se pueda retomar parte del pasado y convivir —suavizándola— con esa modernidad? Para enfrentar este desafío, Gilberto desarrolla una larga serie de actividades entre 1922, cuando llega de los Estados Unidos —a los 22 años—, y 1933, fecha de la publicación de *CGS*: da conferencias, organiza congresos y participa tanto en la prensa diaria como en la vida política de su estado natal, Pernambuco.

Lo que más me interesa destacar es, sin embargo, que ese esfuerzo en el sentido de la

reanimación de algunos de los valores del pasado llega incluso al punto de influir en la manera en la que expone sus argumentos en *CGS*, su primera obra de cuño sociológico. Al repudiar las convenciones retóricas que, en la huella de la ya mencionada regulación de las costumbres, orientaban la producción de los trabajos académicos, Gilberto opta por dar a su prosa una marca eminentemente oral, definida por una irregularidad, una negligencia e incluso cierta imprecisión que hacen que su tono esté mucho más cerca de una conversación informal que de una publicación científica.

En realidad, entre las varias características del lenguaje oral adoptadas en *CGS*, cabe destacar la propia inconclusión de su texto, es decir, el total desinterés de Gilberto en concluir su argumentación llevándola hasta un final mínimamente necesario o al menos adecuado. Compuesto por cinco capítulos que, con una extensión en la edición original de 517 páginas, discuten sin cesar las relaciones establecidas entre los diversos grupos que colonizaron el país, el libro no llega realmente a conocer una conclusión: simplemente termina, se interrumpe, sin que haya algún encadenamiento narrativo o siquiera la fijación de un límite cronológico para el período estudiado.

Este punto, además, se hace más relevante si recordamos que, a esta inconclusión, le corresponde el enorme peso que revelan las páginas iniciales del libro. De hecho, su primer capítulo funciona como una especie de *trailer* del resto de la argumentación y, si el lector vuelve brevemente a las citas concernientes a la cuestión de los antagonismos en equilibrio —quizás el valor más prominente de la tradición colonial—, verá que todas han sido extraídas de las primeras páginas del capítulo inicial.

Afirmados en el principio del texto, esos valores pasarán naturalmente a repetirse en los capítulos siguientes, una repetición que de ninguna forma significa una mera reproducción de las cuestiones planteadas al

³ El trabajo clásico de Nietzsche, “On the Uses & Disadvantages of History for Life” (1985) se toma aquí como la referencia básica para la reflexión de Gilberto.

comienzo, pero que, por otro lado, nunca llega a contradecirlas totalmente.

De allí deriva, además, lo que parece ser la consecuencia más importante del empleo de un tono nítidamente oral en la confección de *CGS*: repetidos hasta un final que no implica una verdadera conclusión, los principales valores del período colonial ganan una especie de sobrevida, esto es, se revisten de un aura de infinitud, de inmortalidad, que sugiere al lector la posibilidad de que tal vez mantengan al menos parte de su influencia y vitalidad aún en la década de 1930.

Esta posibilidad, en efecto, se puede hacer aún más sólida si retomamos el tema de la oralidad por otro camino y recordamos que, además de uno de los marcos distintivos de la redacción de *CGS*, es también uno de sus más estimulantes objetos de estudio. Examinado de diversas maneras, el lenguaje oral, cuando adopta ese descuidado y seductor tono de conversación ya mencionado, se asocia directamente con la influencia que ejercen la senzala y los grupos de origen africano sobre la cultura brasileña, ya que “el ama negra muchas veces hizo con las palabras lo que con la comida: las suavizó, las machucó, les quitó las espinas, los huesos, las durezas, dejando solamente para la boca del niño blanco las sílabas blandas” (*CGS*, t. II, p. 208).

Así, escribiendo como quien habla, y habla de manera dulce, relajada e irregular, Gilberto parece querer dejar claro que esa dimensión más popular de la lengua y de la sociedad brasileña continúa presente en el interior de su texto. Pero difícilmente su reflexión podría reducirse a esta dimensión, ya que él reivindica también y con mucho más vigor, a lo largo de casi toda su obra, una ascendencia aristocrática.

Presente de algún modo en todas partes, esta reivindicación reaparece en *CGS*, sobre todo en un pasaje de su prefacio, en el que se reproduce la siguiente observación del arquitecto modernista Lúcio Costa acerca de las

viejas casas-grandes del estado de Minas Gerais: “parece que nos halláramos a nosotros mismos... Y recordamos cosas que no supimos jamás, pero que estaban allí, dentro de nosotros. No sé, Proust debería explicar eso más claramente”. Recuperando la palabra, el mismo Gilberto refuerza el comentario y asegura que “estudiando la vida doméstica de los antepasados, a poco sentimos que nos completamos: es otro medio de procurarnos el ‘tiempo perdido’. Otro medio de sentirnos en los otros, en los que vivieron antes que nosotros y en cuya vida se anticipó la nuestra” (*CGS*, t. I, pp. LXXX-LXXXI).

Escribiendo, entonces, más o menos como hablaba el esclavo, pero sin dejar de celebrar nunca a sus antepasados ligados a la nobleza del azúcar –antagonismos en equilibrio–, Gilberto parece confirmar esa posibilidad de sobrevivencia de los valores coloniales al revelarse como un intelectual espiritualmente mestizo, es decir, definido por la insuperable convivencia de diferentes tradiciones culturales dentro de sí mismo, en el interior de su propia reflexión.

Los vínculos que lo ligaban a Boas y a la antropología norteamericana permanecen sin duda muy fuertes. Además de ellos, sin embargo, Gilberto transmite la sensación de que su análisis depende también enfáticamente del recurso a la memoria, puesto que ella parece basarse en gran medida en una relación intensa, íntima y auténtica con los objetos que analiza.

Al transformarse, por esa vía, en una especie de heraldo, o, mejor, de oráculo de las tradiciones nacionales, Gilberto termina creando la impresión de que los valores que analiza se mantienen vivos e influyentes por intermedio de su relato, o sea, vivos en tanto influyentes en la confección de su relato. *Casa-grande & Senzala*, en consecuencia, deja de ser sólo un trabajo académico para convertirse en una especie de casa-grande en miniatura, una voz remota pero genuina, legítima representante de

la experiencia que se discutía en sus páginas, mientras que nuestro autor se convierte, evidentemente, en personaje de sí mismo.

Autor y libro demuestran, por lo tanto, la más perfecta sintonía, ambos autentican la validez de lo que uno escribe en el otro. Es por esta razón, justamente, que la postura de Gilberto en *CGS*, siempre al borde de adoptar un tono de celebración o de lamento nostálgico –o mejor, sentimental–, termina por aproximarse decididamente a lo que podríamos llamar una segunda ingenuidad.

Es como si él experimentase con toda naturalidad, al escribir, sensaciones idénticas, o al menos prefiguradas, a las de sus antepasados coloniales, sensaciones que no necesitan ser obligatoriamente preservadas en una tradición continua, ininterrumpida, pero que se conservan como una opción cultural, como “cosas que no supimos jamás, pero que estaban allí, dentro de nosotros. No sé, Proust debería explicar eso más claramente”. □

Bibliografía

Bajtín, Mijaíl, *A cultura popular na Idade Média e no Renascimento: o contexto de François Rabelais*, San Pablo/Brasília, Hucitec/UNB, 1987.

Berman, Russel A., *A Modern Culture and Critical Theory*, Madison, The University of Wisconsin Press, 1989.

Freyre, Gilberto, *Casa-grande & Senzala*, Río de Janeiro, Maia & Schmidt, 1933. [*Casa-grande y senzala*, traducción de Benjamín de Garay, Buenos Aires, Emecé Editores, 1943.]

— — —, *Sobrados e mucambos*, San Pablo, Companhia Editora Nacional, 1936.

Man, Paul de, “A Esthetic Formalization: Kleist’s *Über das Marionettentheater*”, en *The Retic of Romanticism*, Nueva York, Columbia University Press, 1984.

Nietzsche, Friedrich, “On the Uses & Disadvantages of History for Life”, en *Untimely Meditations*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985.